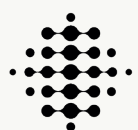
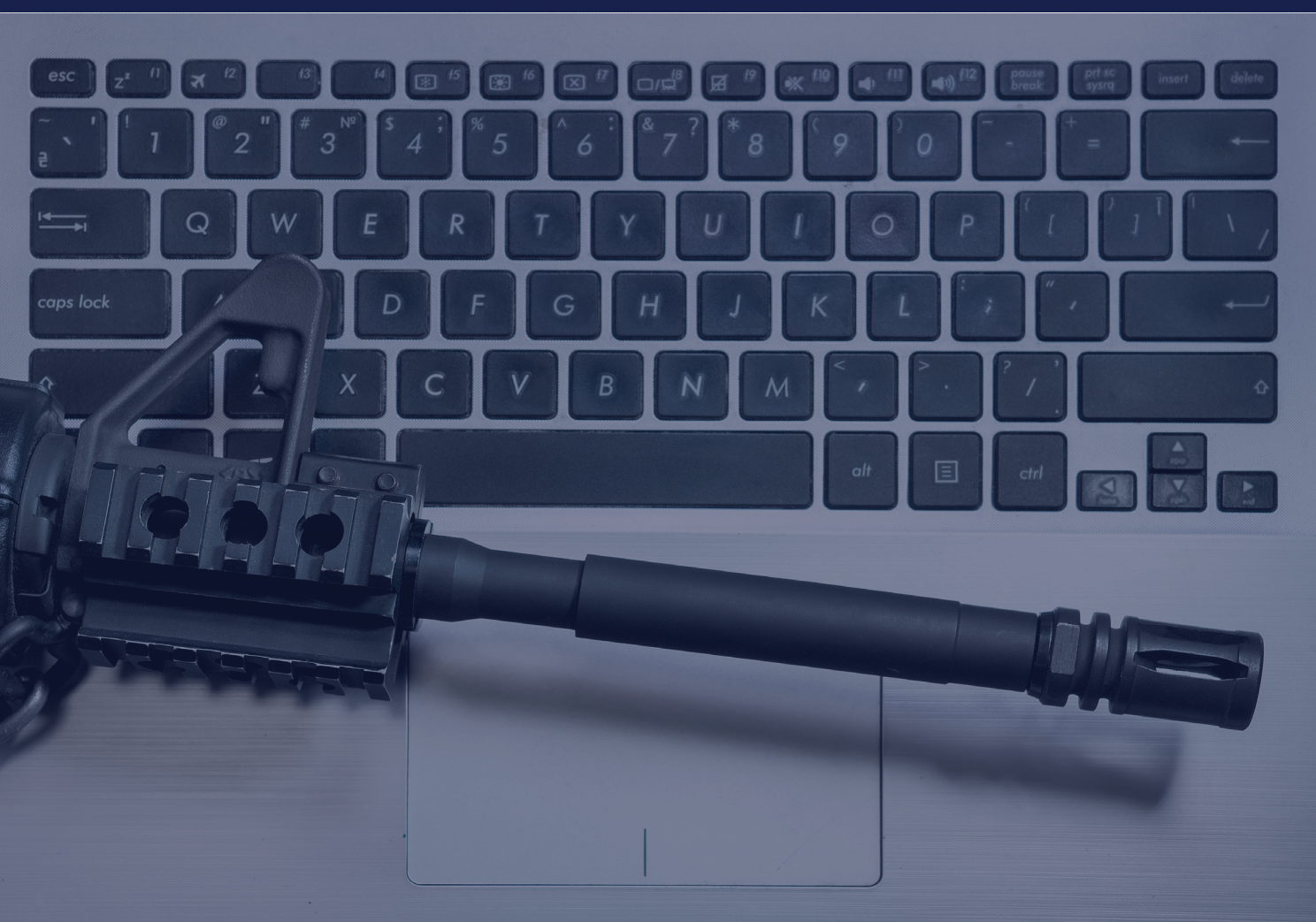


LA GUERRA HÍBRIDA COMO DOCTRINA DOMINANTE DEL SIGLO XXI

Autor: Nayeli Suriano Ortí



INSTITUTO DE
SEGURIDAD Y CULTURA

Del campo de batalla visible al conflicto permanente, así podría describirse, de forma sintetizada pero precisa, el escenario estratégico en el que se desenvuelven a día de hoy las relaciones internacionales.

El siglo XXI no se caracteriza por grandes declaraciones de guerra, ni por frentes claramente delimitados. Por el contrario, asistimos a un escenario de conflictos difusos, continuos y, en muchas ocasiones, invisibles para la ciudadanía. La violencia ya no se manifiesta únicamente a través de tanques y soldados, sino que se infiltra en redes informáticas, flujos de información, mercados energéticos y procesos democráticos.

La llamada “guerra híbrida”, un nombre que para algunos resulta desconocido, extraño, indiferente, encuentra su mayor eficacia precisamente en esa invisibilidad. Cuando menos se percibe, ya ha comenzado a operar. Resulta que este concepto se ha ido consolidando como la doctrina dominante de las grandes potencias a nivel mundial, y de numerosos actores, tanto estatales como no. Se trata de una forma de confrontación que combina medios tradicionales (así como la presión militar o económica), con instrumentos propios de la era digital (los ya no tan desconocidos ciberataques, la desinformación, la manipulación de la opinión pública, la llamada coerción energética, o la interferencia electoral).



Rusia, Irán y China, junto con otros actores regionales, han sido señalados recurrentemente como los protagonistas de este tipo de estrategias. Sin embargo, el hecho de que reduzcamos el análisis a una lógica de buenos y malos sería una simplificación peligrosa.

La guerra híbrida no es patrimonio exclusivo de un bloque geopolítico, sino el resultado lógico de un mundo interconectado, tecnológicamente dependiente y estratégicamente inestable.

Por todo ello, este análisis se articula en torno a una reflexión sobre la guerra híbrida como fenómeno central de nuestro tiempo. Aporta una base histórica a partir de la cual entender las relaciones que se mueven hoy en día entre los diferentes Estados, así como su relación con el armamento nuclear, el cual dictaminó ya en su día un antes y un después en la regulación de la guerra y en la conciencia humanitaria, sumada a la protección del ámbito tecnológico. En este contexto surgen diversas preguntas: ¿se podría considerar la tecnología como el arma nuclear del presente?, ¿vivimos en una era de equilibrio disuasorio?, ¿o, por el contrario, en una tensión permanente susceptible de estallar en cualquier momento?

Hagamos una mirada al pasado. A finales del siglo XX, las relaciones internacionales estuvieron marcadas por la lógica bipolar de la Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética mantuvieron un delicado equilibrio basado en la disuasión nuclear, desembocando en la aparición de la doctrina de la “destrucción mutua asegurada”. La posesión de armas nucleares no impedía el conflicto, pero sí lo desplazaba hacia guerras indirectas, conflictos regionales y luchas de influencia.

La caída del bloque soviético no supuso el fin de esta lógica, sino su transformación. El mundo dejó de ser estrictamente bipolar para convertirse en un sistema multipolar, en el que potencias emergentes como China, actores regionales como Irán y una Rusia redefinida tras los años noventa, comenzaron a disputarse los espacios de poder.



En este nuevo contexto, la confrontación directa resultaba excesivamente costosa, lo que favoreció la consolidación de estrategias híbridas.

La guerra híbrida por tanto no surgiría de la nada, sino que su origen parte de la evolución del espionaje, la propaganda y la guerra indirecta, ahora amplificadas por la globalización y el desarrollo tecnológico.

El 6 y 9 de agosto del año 1945 marcaron un antes y un después en la historia de la humanidad. Las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki no solo pusieron fin a la Segunda Guerra mundial en el Pacífico, sino que inauguraron una nueva era, en la que la capacidad destructiva del ser humano superó cualquier límite conocido hasta entonces.

Robert Oppenheimer, uno de los principales responsables del Proyecto Manhattan, evocó tras la primera explosión un verso del “Bhagavad-gītā”: «Ahora me he convertido en la Muerte, el destructor de mundos». El impacto social y psicológico de aquellas explosiones fue devastador; las ciudades arrasadas, generaciones marcadas por la radiación y una conciencia colectiva enfrentada a la posibilidad real de la aniquilación total.

Desde ese mismo momento, la posesión de armamento nuclear ha planteado un dilema que sigue vigente. Por un lado, se sostiene que la proliferación nuclear genera un escenario hostil, basado en un miedo constante y en la posibilidad de un error irreversible, así como nos han demostrado los resquicios de esta en la historia. Pero existe una segunda postura, la cual argumenta, que el hecho de poseerla por parte de las grandes naciones actúa como un factor de equilibrio, impidiendo el uso indiscriminado de la fuerza y moderando los conflictos abiertos.

Este debate resulta clave para comprender la guerra híbrida, pues es precisamente impensable hacer uso directo del armamento nuclear sobre otra nación. He aquí donde los estados buscarán otras vías para ejercer presión y poder debilitar al adversario, así ganando influencia sin la necesidad de cruzar las líneas rojas irreversibles.

Por tanto, llegamos al asunto de nuestra cuestión: ¿equilibrio o tensión permanente? El sistema internacional actual se encuentra relativamente estabilizado por la disuasión nuclear, económica y tecnológica, pero al mismo tiempo vive sumido en una tensión constante que puede escalar de forma imprevisible.



La guerra híbrida se sitúa en un espacio intermedio, permitiendo a los Estados actuar de forma agresiva sin asumir plenamente las consecuencias de una guerra convencional. Ciberataques que paralizan infraestructuras críticas, campañas de desinformación que erosionan la confianza institucional o maniobras militares en zonas sensibles son ejemplos de una presión constante que no llega a convertirse en lo que se considera una guerra declarada.

Algunos de los ejemplos más recientes que nos encontramos y los cuales nos reflejan esta situación, serían por ejemplo los ciberataques atribuidos a actores rusos contra la red eléctrica de Ucrania en 2015 y 2016, que dejaron sin suministro eléctrico a miles de civiles en pleno invierno, demostrando que el conflicto digital puede tener efectos físicos directos sobre la población. Del mismo modo, las campañas de desinformación vinculadas a interferencias electorales en diversas democracias occidentales evidencian cómo la guerra híbrida oxida la confianza institucional sin recurrir a la fuerza armada.

Es por ello que este tipo de conflictos tienen un coste social elevado. Las sociedades civiles se convierten en objetivos directos: ciudadanos desinformados, sistemas sanitarios atacados, procesos democráticos cuestionados. La guerra deja de ser un asunto exclusivamente militar para infiltrarse en la vida cotidiana.

Encontramos a una serie de actores clave. Entre ellos:

Estados Unidos se presenta ante la guerra híbrida como el actor central y de potencia de contención. Percibe la guerra oficialmente como una amenaza al orden internacional, pero al mismo tiempo dispone de las capacidades híbridas más avanzadas en el ámbito cibernético, económico y tecnológico. Su estrategia se basa en la disuasión y la respuesta controlada, evitando la guerra abierta mientras mantiene presión constante sobre sus rivales. Así, EE. UU. la integra y regula como parte esencial de su política de seguridad global. Por consiguiente, la posición que tome la nación estadounidense en este asunto será determinante frente a como se desenvuelva la situación internacional.

Rusia, la cual ha hecho de la guerra híbrida uno de los pilares de su estrategia de seguridad nacional. Heredera de la tradición soviética en materia de inteligencia y propaganda, ha combinado presión militar convencional con operaciones cibernéticas y campañas de desinformación, especialmente en su entorno geográfico próximo y en el espacio euroatlántico. Históricamente, Rusia ha percibido la expansión de alianzas occidentales como una amenaza directa, lo que ha reforzado su apuesta por estrategias asimétricas que compensen su inferioridad económica frente a los otros actores.

China adopta un enfoque más sutil y se caracteriza por una implementación a largo plazo. Su estrategia, se centra en la acumulación progresiva de poder tecnológico, económico e informativo. Pekín concibe el ciberespacio como un dominio estratégico más, integrando la guerra de la información en su doctrina militar y en su política exterior. A diferencia de Rusia, China, prioriza la estabilidad y la previsibilidad, utilizando la presión híbrida como una herramienta de influencia más que como un instrumento de confrontación abierta.

Irán, país el cual se encuentra limitado por las sanciones económicas y aislamiento diplomático, que ha desarrollado una notable capacidad en

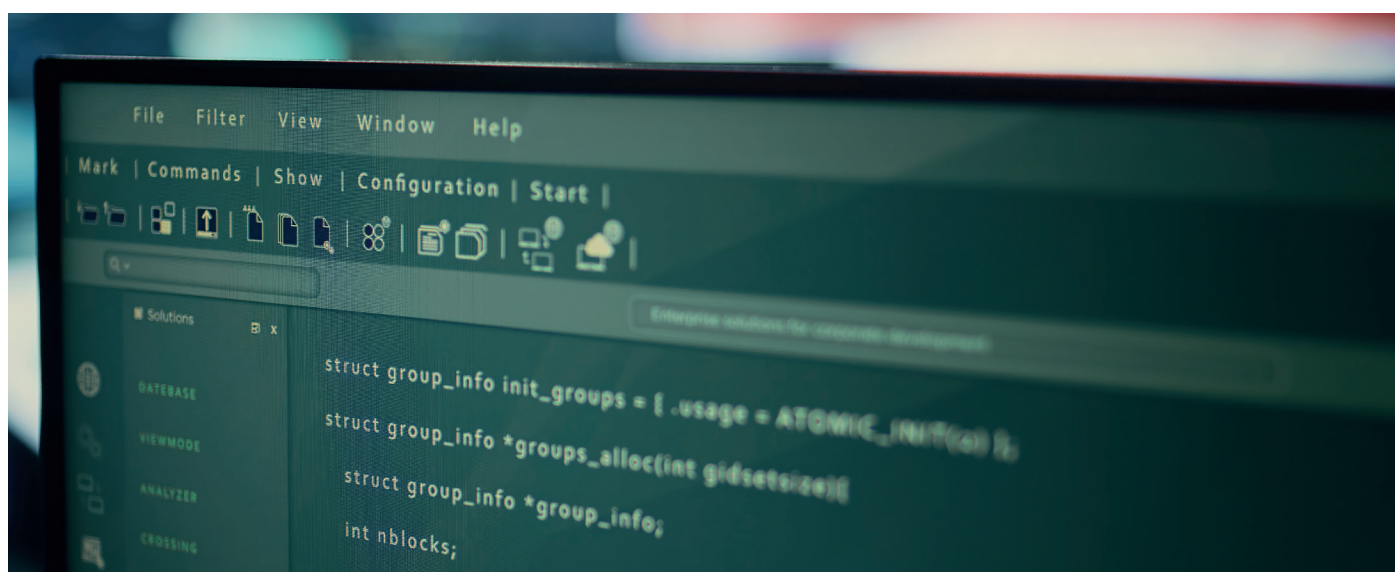
guerra asimétrica. Su uso de ciberataques, junto con el apoyo indirecto a actores no estatales, le permite proyectar poder más allá de sus fronteras sin recurrir a una guerra convencional que difícilmente podría sostener.

Corea del Norte, en estos últimos años ha sido el foco de interés debido a que ha decidido optar por una política en la que representa un ejemplo paradigmático de actor asimétrico. Pese a su debilidad a nivel económico y militar convencional, es conocido el hecho de que ha estado desarrollando capacidades cibernéticas ofensivas significativas, protagonizando ataques contra empresas y sistemas financieros internacionales, a través del uso de la guerra híbrida como mecanismo de supervivencia y proyección de poder.

Esto demuestra que, en el siglo XXI, un Estado pequeño puede ejercer una influencia desproporcionada en el sistema internacional sin recurrir a la guerra convencional. Así pues, en el ámbito de la informática y los ciberataques, estos países presentan niveles de desarrollo distintos, pero estratégicamente de gran trascendencia. El ciberespacio se ha ido consolidando, así como el nuevo campo de batalla, caracterizado por la dificultad de atribución, la ambigüedad jurídica y la ausencia de normas internacionales claras.

Para concluir, debemos saber que uno de los aspectos más inquietantes de la guerra híbrida es su impacto directo sobre las sociedades civiles. La desinformación polariza a la población, debilita los consensos básicos y perjudica la confianza en las instituciones democráticas. A diferencia de los conflictos tradicionales, aquí no existe un frente claro ni un final definido. El ciudadano se convierte simultáneamente en espectador, objetivo y, en ocasiones, instrumento del conflicto. Por tanto, conviene ser conscientes de que la guerra híbrida no es una anomalía, sino el reflejo de nuestro tiempo. La experiencia histórica de Hiroshima y Nagasaki nos recuerda que existen límites que no deben cruzarse. La posesión de armamento nuclear ha contenido los conflictos directos entre grandes potencias, pero ha desplazado la confrontación hacia formas más sutiles y persistentes.

La cuestión no es si la guerra híbrida desaparecerá, sino cómo las sociedades y los Estados pueden adaptarse para reducir su impacto, reforzar la resiliencia democrática y evitar que la tensión permanente se convierta en tragedia. Como advertía Albert Einstein: «No sé con qué armas se luchará en la Tercera Guerra Mundial, pero la Cuarta se luchará con palos y piedras». Comprender la guerra híbrida es, en última instancia, un ejercicio de responsabilidad colectiva para que esa advertencia no se haga realidad.





INSTITUTO DE
SEGURIDAD Y CULTURA



Atlas

www.seguridadycultura.org
www.atlasglobal.es